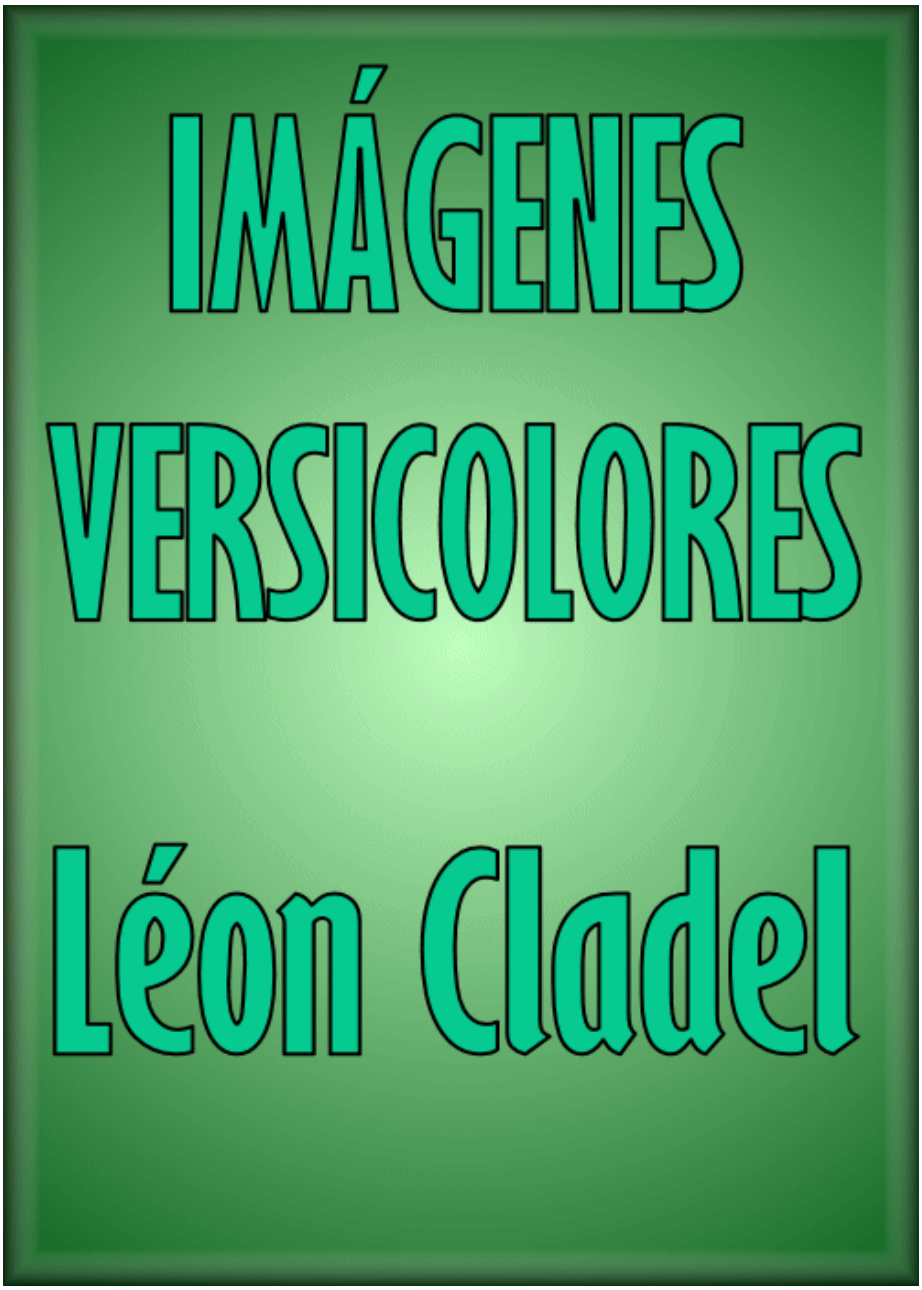
LIBRO dot.com

IMÁGENES VERSICOLORES

Léon Cladel



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

...."Si queréis ser libres, pues
¡oh forzados del trabajo! levantaos y seguidme.
¡La hora de la libertad ha sonado!"

Cuando el orador acabó así su largo y vehemente discurso, la multitud que había aplaudido con verdadero entusiasmo, extendió exasperada los brazos hacia el hombre cuyas palabras habían hecho vibrar sus almas, y mil bocas le respondieron:

-Sí, nosotros estamos prestos... Vamos al Ayuntamiento... Vamos enseguida.

Todo el mundo se dirigía ya, electrizado y sin vacilar, hacia la puerta del vasto salón de los Treinta Sueldos, para tomar las armas, cuando una voz muy conocida de la multitud dijo:

-¡Dos palabras, escuchad dos palabras!

La masa se detuvo y todos pudieron ver, a la luz pálida de las lámparas, la figura de uno de sus más irreprochables correligionarios que tomaba, en la tribuna, el puesto que acababa de abandonar el abogado instigador que sabía de memoria los discursos de los retóricos de la Convención.

-Amigos -exclamó ese viejo y sobrio revolucionario que había preferido siempre, como Barbés y Blanqui, la acción a la palabra-, amigos, ciudadanos, sin duda ninguna que ese joven de frac a quien vosotros acabáis de aplaudir, declama maravillosamente, pero ¿estáis seguros de que sus actos serán tan hermosos como sus palabras, en caso necesario?... ¡Oh! no alcéis la voz, caballero, yo no quiero ofender a nadie, pero hemos visto tantos de vuestros compañeros que después de prometérnoslo todo, no supieron darnos nada, que yo creo tener hoy derecho para dudar, en nombre de todos mis amigos, de vos que tan exactamente acabáis de repetir lo que en mil lugares diferentes y en mil ocasiones distintas dijeron a los hombres de mi generación algunos de vuestros mayores, en cuyos discursos tuvimos desgraciadamente la debilidad de creer. Digo desgraciadamente porque, en realidad¿cuál fue el resultado?... Es probable que vos lo sepáis por lo menos tan bien como yo que aunque casi nada sé...

-Bueno, hombre, bueno, quedamos enterados -gritó uno de los más feroces auditores-. Tú piensas, sin duda, que la prudencia fue, es y será, la madre de la seguridad.

-Ven acá insolente y mira... ¿Te figuras acaso que me habría sucedido esto si me hubiera quedado en la cama, o si hubiese pasado la vida sembrando coles en un rinconcillo de las cercanías de París, o si hubiese ejercido la profesión de defender viudas o huérfanos ante los tribunales?...

Y el bravo entreabrió la tosca pechera de su camisa ennegrecida y mostró el pecho -un robusto pecho de obrero, cubierto de vello y constelado de cicatrices-.

Luego siguió diciendo:

-Algunas de estas heridas datan del tiempo de los suizos de Carlos X; otras del tiempo de los soldados de Luis Felipe y de Cavaignac; muchas son, pero aun queda sitio para otra que, seguramente sería la última, pues a los setenta años uno llega a cansarse de la miseria y de la tiranía... ¿no es verdad?

Enternecidos y al mismo tiempo entusiasmados por el gesto y los gritos del duro sectario, todos los hombres de blusa rodearon la tribuna y después de abrazar, uno por uno, al bravo anciano, lo sacaron en triunfo del salón para conducirlo a la colina en donde, unos tres cuartos de siglo antes, se había mecido su cuna.

Al despedirse de todos, en la puerta de su casa, les dijo:

-Siempre a vuestras órdenes, mis queridos amigos; y cuando sea necesario librar a París de las garras que la oprimen y librar a la Francia de los dientes que la devoran, contad conmigo... ¡Hasta luego!

-¡Hasta luego, veterano!

Una hora escasa después de haberse separado de sus amigos, comenzó a oír el ruido de los tambores de la guardia nacional cuyo toque de "generala" vibraba desde Pantin hasta Vaugirard y desde la barrera del Trono hasta la puerta de Neuilly.

Al día siguiente, antes que el sol se pusiera en el ocaso, las tropas de línea evacuaron la ciudad dejándola así en poder de la plebe soberana. Las faltas

que cometieron en su nombre los jefes a quienes ella eligió libremente, fueron tan numerosas como graves; y, cuando dos meses después un verdadero patriota quiso repararlas, se encontró con el inconveniente de que ya era demasiado tarde, por lo cual se hizo matar, como lo había prometido, en la lucha que sostuvo contra la gente de Versalles, a la cabeza de esas milicias urbanas que estuvieron a punto de ser exterminadas por completo.

Veinte horas después de la muerte del bravo tribuno en quien se había encarnado el alma del pueblo, sólo una barricada, entre todas las que se habían construido a inmediaciones del Père-Lachaise y Châtillon, continuaba sosteniendo la integridad de la bandera roja. El grupo de temerarios que la defendían hizo frente, durante toda la noche, a más de tres batallones, pero la claridad del alba los sorprendió sin cartuchos y entonces el anciano que los dirigía y a quien sus amigos habían bautizado con el nombre de Invulnerable, porque, aun en lo más recio de la refriega, siempre las balas habían respetado su pecho, rompió en mil pedazos su fusil. Luego todo el mundo tomó asiento sobre el pavez ensangrentado, detrás de la barrera de arcilla y piedra, al lado de los cadáveres de sus compañeros y la charla comenzó. ¿Sabéis de lo que hablaron aquellos valientes? Pues hablaron de todo un poco, con verdadera tranquilidad y sin volver siquiera la vista hacíalos quintos que, habiendo tomado las armas después del dieciocho de marzo, disparaban impunemente contra ellos desde los techos de las casas vecinas. El grupo se componía de once demagogos, uniformados casi todos, y una mujer.

Al fin el jefe se decidió a decir:

-Hijos míos, ya veis que nuestros enemigos se aproximan; yo estoy seguro de que antes de cinco minutos estarán aquí; y también lo estoy de que ninguno de vosotros temblará ante los cañones de los fusiles por donde han de salir las balas que nos den muerte... Pero es necesario salvar a Catalina... ¿Estás oyendo, chica?... ¡Es necesario!

-¿Por qué?... ¿Por el ser que llevo en el vientre?

-Sí, hija mía, por él.

-Pues bien, ese ser no verá nunca la luz del día... os lo juro... Su padre cayó ayer muerto bajo la lluvia de balas y yo quiero que me entierren a su lado, en la fosa común a donde nuestros cuerpos irán a parar... Sí, mi pobre angelito será más dichoso en el otro mundo que en éste. Morir hoy, es lo mismo que morir mañana... Oídme y no le tengáis lástima: forzosamente un día cualquiera, después de haber caminado mucho y de haber ayunado más, el pobre se levantaría cansado y hambriento para ir a caer en algún rincón lo mismo que nosotros caemos aquí... ¡Y yo no quiero que eso suceda, no... yo no quiero que él sufra como todos sus antepasados, como todos sus semejantes, mil veces no!... Por eso, amigos, más vale que muera antes de comenzar a vivir...

Una columna de infantería precedida de un coronel a caballo, interrumpió ese lúgubre discurso. Los rebeldes fueron capturados y conducidos al fondo de un callejón sin salida; sin pestañear siquiera, alineáronse correctamente al lado de un muro recién levantado; cuando un oficial les ordenó que se desnudasen hasta la cintura, las víctimas se despojaron de sus casacas y de sus gabanes con una serenidad asombrosa. Las víctimas parecían más tranquilas, menos lívidas que los verdugos. La niña intrépida que consideraba la muerte como el fin de una vida odiosa, imitó a sus amigos y se presentó, con el talle desnudo, mostrando los senos redondos y palpitantes, el pecho de nieve y el cuello de mármol, ante los soldados de línea que admiraron su heroísmo, su audacia, y su impudor gracioso, más que sus mismos compañeros imperturbables como ella.

¡Ah, verdaderamente aquel cuadro era sublime y aquellos malditos, aquellos parias, merecían de sobra las señales involuntarias de respeto y los aplausos mudos con que sus enemigos premiaban su bravura, su calma y sobre todo su actitud! En sus ademanes, sin embargo, no se notaba ninguna jactancia; ellos habían simplemente cumplido con su obligación y todo hacía comprender que, a pesar de ese desenlace trágico, ninguno se arrepentía de haber hecho uso de sus derechos procediendo conforme a su conciencia. Heroicos y cándidos al mismo tiempo, enlazábanse los unos a los otros, dándose por última vez las manos y comunicándose, por medio de la mirada, sus pensamientos supremos; lo

que sus labios no podían murmurar, sus miembros contraídos, sus dedos contrahechos por el trabajo, sus pechos robustos y sus rostros enérgicos y arrugados lo decían en alta voz: ellos se habían matado trabajando para ganar su pan cotidiano y el pan de sus familias, y como las herramientas pacíficas no bastaban para ganar lo necesario al sustento, habían, al fin, tomado las armas con objeto de conquistar por la fuerza lo que la Naturaleza indiferente y la cruel Sociedad les negaron siempre... Dentro de algunos momentos ya ninguno de ellos tendría necesidad de vino, ni de trigo; todos iban a saborear por fin el reposo eterno... ¡y es tan agradable el sueño para los que se han pasado mucho tiempo sin dormir!...

Pero¿qué sucedía?... ¿Qué esperaban las balas para escaparse de la prisión de los cartuchos?... ¿Por qué no los enviaban pronto a ese país de la Nada de donde nunca debieron haber salido?... A pesar de las órdenes terminantes de su general, el coronel recorría con la vista aquella columna de prisioneros, mirándolos a todos (en especial al anciano jefe que continuaba sin pestañear, y a la blonda niña de veinte años que disimulaba su estado para escapar al perdón) con incertidumbre y con piedad. "Nuestra edad y muestro sexo -pensaron al mismo tiempo la joven y el viejo- nos ponen en peligro de ser perdonados." Y un grito enérgico y terrible brotó simultáneamente de los dos pechos: "Muera Foutriquet y viva la Comuna."

Entonces el militar no vaciló más: desenvainó su sable, lo blandió con violencia, e hizo avanzar a la columna de ejecutores. Los rebeldes rodearon al venerable patriarca cuyo pecho lleno de vello estaba constelado de cicatrices lucientes y gloriosas como cruces de honor, mientras las manos temblorosas de los soldados tiraban del gatillo de sus fusiles.